

vez de entrar en la habitación de su esposa dijo á una doncella : Diréis á la señora que deseo hablarla esta mañana, que ahora voy á salir un momento que si quiere almorzar conmigo estaré aquí á medio día ; pero que si no le viene bien, no importa. Juzgando que volveré á casa, pensó el Marqués se creará mucho más segura, y se fué á la inmediata plaza en donde había coches de alquiler.

— ¡ Cochero, por horas !

— Muy bien, caballero, son las once y media. ¿ Adónde vamos ?

— Calle de Belle-Chasse, esquina á la de la calle de Santo Domingo, á lo largo del muro de un jardín... allí te detendrás.

— Muy bien, caballero.

Corrió el marqués las cortinas, el coche partió y dentro de pocos instantes se hallaba enfrente de la casa de Harville. Nadie podía salir del portal del marqués sin ser visto por él desde aquel sitio... Á la una era la cita de su mujer, y su fija y ardiente mirada no se apartaba un momento del portal. Su imaginación luchaba con un torrente de cólera impetuoso, y el tiempo pasó para el marqués con una rapidez increíble. Cuando dieron las doce en Santo Tomás de Aquino, se abrió la puerta de la casa de Harville y salió lentamente la marquesa.

— ¡ Ya!... ¡ Oh, qué exactitud ! Teme sin duda hacer esperar al *otro!*... — dijo el marqués con amarga ironía.

El frío era intenso y las calles estaban secas. Llevaba Clemencia un sombrero negro con velo de blonda del mismo color. Su gran chal de cachemir azul oscuro, caía hasta el volante de su vestido que levantó ligera y graciosamente para atravesar la calle. Este movimiento descubrió hasta el tobillo su leve pie, maravillosamente calzado con un botín de raso turco.

Á pesar de las terribles ideas que agitaban al marqués de Harville, cuando observó en aquel momento el pie de su mujer, jamás le había parecido tan lindo y seductor... La vista de aquel pie exasperó su furor, y al pensar en la felicidad de su odioso rival, sintió en el corazón la aguda punzada de los celos... Pasaron de repente por su imaginación con caracteres de fuego todos los ardientes halagos de un amor dichoso y apasionado y sintió por primera vez en su vida un dolor físico, profundo, penetrante que le arrancó un grito sordo del corazón.

Hasta entonces sólo había padecido su espíritu, porque sólo había pensado en su honor y en la santidad de los deberes ultrajados : pero su último dolor fué tan agudo, que casi no pudo simular la alteración de su voz al levantar la cortina para decir al cochero :

— ¿ Ves esa señora de chal azul y sombrero negro que va por la acera del muro ?

— Sí, señor.

— Síguela... Si se dirige al sitio en donde he montado, te detendrás, y si toma un coche síguelo también.

— Muy bien, caballero... ¡ Hola ! ¡ esto pica en historia !

La marquesa de Harville se dirigió en efecto al sitio de los coches y alquiló uno.

El coche partió al trote.

El del marqués lo siguió.

Al cabo de algunos minutos el cochero tomó el camino de Santo Tomás de Aquino, y con asombro del marqués se detuvo delante de la iglesia.

— ¿ Qué haces ? ¿ qué es eso ?

— Caballero, esa señora acaba de entrar en la iglesia... ¡ Cáspita !... ¡ qué pierna tan soberana !

Mil pensamientos diversos se agolparon en la cabeza de Harville : creyó al pronto que su mujer intentaba cambiar de dirección por haber notado que la seguían. Luego pensó que la carta que había recibido podría ser una infame calumnia. Si Clemencia es culpable ¿ por qué esta falsa apariencia de piedad ? ¿ No sería un escarnio sacrílego ? Descubrió un instante el marqués un rayo de esperanza, pues no podía explicarse el contraste de aquella piedad aparente con el crimen de que acusaba á su mujer... Esta ilusión consoladora no duró mucho tiempo.

El cochero se volvió hacia la ventanilla y le dijo :

— Caballero, la señorita vuelve al coche.

— Síguela.

— Muy bien, caballero... ¡ Vaya un lance gracioso !

El coche pasó por el muelle, por la casa de ayuntamiento, por la calle Saint-Avoys y llegó por fin á la del Templo.

— Caballero — dijo el cochero volviéndose hacia el marqués de Harville — el camarada paró en el número 17, estamos en el 13 ¿ parará también ?

— Sí.

— Caballero, la señorita ha entrado en el portal del número 17.

— Abre pronto.

— Ya voy, caballero

Algunos momentos después entraba el marqués en el portal siguiendo los pasos de su mujer.

XVIII

UN ÁNGEL

Atraídos por la curiosidad madama Pipelet, su marido y una ostrera vecina se agruparon en el umbral de la portería. La escalera era tan oscura, que

la marquesa tuvo que dirigirse á madama Pipelet y la preguntó con voz alterada y desfallecida :

— ¿Señora, me diréis por Dios dónde está la escalera ?

— Esperad un momento, señorita : ¿adónde vais ?

— Á ver á... á Mr. Carlos.

— ¿A Mr. qué ? — repitió la vieja con ánimo de dar tiempo á su marido y á la ostrera para que se informasen bien de la desconocida al través del velo.

— Pregunto por... el señor Carlos... señora — repitió Clemencia con voz tímida y bajando la cabeza para no ser conocida de los que la miraban con curiosidad.

— ¡Ah! por el señor Robert! acabáramos de una vez... habláis tan bajito que apenas os había oído... Pues ya que buscáis al señor Carlos, que por buen mozo hará con vos linda pareja, subid la escalera hasta la primera puerta.

La marquesa, turbada, empezó á subir.

— ¡Vaya, vaya! — dijo la portera en tono de mofa: — parece que hoy es día de lances. Dios os dé una buena hora... ¡cuidado con los tropiezos!

— Parece que es aficionado el comandante — dijo la ostrera con voz hombruna: — y en verdad que no es tuerta ni manca su *chaya*...

Apoderóse tal vergüenza y tal espanto de la marquesa de Harville, que hubiera vuelto atrás en aquel mismo instante, si no tuviese que pasar por delante de la puerta en que se hallaban las dos harpías. Haciendo pues un esfuerzo sobrehumano llegó al descanso de la escalera. ¡ Pero cuál fué su asombro al verse enfrente de Rodolfo, que poniéndola un bolsillo en la mano dijo precipitadamente :

— ¡Vuestro marido lo sabe todo y os sigue los pasos!...

Oyóse en aquel instante la voz chillona de madama Pipelet que decía :

— ¿Adónde vais, caballero?

— ¡Es él! — dijo Rodolfo; y añadió rápidamente empujando por decirlo así á la marquesa hacia la escalera del segundo piso: — Subid al quinto piso; venis á socorrer una familia desgraciada que se llama Morel...

— Caballero, si no me decís adonde vais, tendréis que pasar sobre mi cuerpo, como dijo la antigua guardia en Waterloo — gritó madama Pipelet interceptando el paso al marqués.

Éste se había detenido un momento á la entrada del portal al ver hablar á su mujer con la portera.

— Vengo acompañando á esa señora que acaba de entrar — dijo el marqués.

— ¡Ah! dijo madama Pipelet sobrecogida — eso es otra cosa; entonces no digo nada. Pasad.

Al oír aquel ruido inusitado, Mr. Carlos Robert entreabrió la puerta : Rodolfo a empujé bruscamente, entró en el cuarto del comandante y se encerró con él en el momento en que el marqués de Harville llegaba al primer descanso.

Temiendo el príncipe ser conocido por el marqués, á pesar de la obscuridad de la escalera, aprovechó aquella ocasión de ponerse á salvo.

Mr. Carlos Robert, magníficamente vestido con su bata de seda encarnada y color de naranja y un gorro griego de terciopelo bordado de oro, quedó estupefacto al ver á Rodolfo, que llevaba entonces un vestido modesto, y á quien no había conocido en el baile de la víspera.

— ¿Caballero... qué significa esto?... — le dijo con altivez.

¡ Callad ! — le respondió Rodolfo en voz baja y con tal expresión de angustia, que Mr. Carlos Robert quedó maquinalmente callado.

Oyóse en medio del silencio un ruido violento como el de un cuerpo que caía rodando por la escalera.

— ¡ Oh ! ¡ la mató el desdichado ! — exclamó Rodolfo.

— ¡ La mató !... ¿ á quién ?... ¿ pero qué es lo que pasa aquí ? — dijo Carlos Robert en voz baja y pálido como un difunto. Rodolfo entreabrió la puerta sin responderle y vió bajar á toda prisa el Cojuelo, que llevaba en la mano la bolsa de seda encarnada que el príncipe acababa de dar á la marquesa de Harville.

El Cojuelo desapareció.

Oíase el paso leve de madama de Harville y el paso más pesado de su marido, que la seguía á los pisos altos. No pudiendo imaginar cómo se hallaba el bolsillo en poder del Cojuelo, pero más sereno ya respecto al ruido siniestro de la escalera, Rodolfo dijo imperiosamente á Mr. Carlos Robert :

— No salgáis hasta que pase una hora.

— ¡ Qué es esto, caballero ! ¿ que no salga ? — repuso Mr. Carlos Robert con impaciencia y enojo. — ¿ Qué significa todo esto ? ¿ quién sois y con qué derecho ?...

— Todo lo sabe el marqués : ha seguido á su mujer hasta vuestra puerta, y suben ahora á los pisos altos.

— ¡ Poder de Dios ! — exclamó Carlos Robert juntando las manos con estupor. — ¿ Pero qué va á hacer allá arriba ? ¿ Cómo saldrá de este lance ?

— No salgáis del cuarto ni os mováis hasta que os avise la portera — dijo Rodolfo ; y dejando al comandante en la mayor inquietud bajó á la portería.

— ¡ Qué tal, qué tal ! — exclamó madama Pipelet brincando de gozo. — ¡ Vamos á tener jarana ! un caballerete se coló tras la señorita : sin duda es él Juan lanas del marido : al momento lo adiviné y por eso le he dejado subir. Estoy segura de que va á espachurrar al comandante, y que se alborotará la calle, y que la gente se agolpará delante de la casa como cuando se cometió un *asesino* en el nº 36. ¡ Pero es extraño que no haya empezado ya la gresca !

— Querida mía — dijo Rodolfo poniendo cinco luses de oro en la mano de la portera — ¿ queréis hacerme un gran servicio ?... Cuando baje la señorita

preguntadle cómo está la pobre familia de Morel ; decidla que ha hecho una buena obra en venir á socorrerlos, como había ofrecido la última vez que vino á informarse de ellos.

Madama Pipelet miró asombrada al dinero y á Rodolfo.

— Pero caballero... este oro... ¿es para mí?... ¿no está en el cuarto del comandante esa señorita ?

— El que la sigue es su marido. Advertida á tiempo la pobre joven, ha subido al cuarto de la familia de Morel fingiendo que viene á socorrerla ; ¿entendéis ahora ?

— Si, ya os entiendo... Como si os pariera... Se trata de que os ayude á vendar los ojos del pobre marido... ¡ Jesús ! para eso me pinto sola... cualquiera diría que no he hecho otra cosa en toda mi vida ; ya lo veréis !...

Mr. Pipelet se acercó al umbral de la puerta, caló con enojo el sombrero y dijo á su mujer :

— ¡ Pomona, Pomona ! no hay para ti cosa respetable en el mundo : ¿ qué más podría hacer Mr. César Bradamanti ? No debemos burlarnos de lances tan graves, ni aun con el mayor amigo...

— Déjate de sermones, vejete mío, y no pongas los ojos en blanco, que me das miedo... ¿ No sabes que me chanco y que no hay debajo del cielo quien pueda alabarse como yo de no haber cometido jamás una sola infi... ? Vamos, ya sabes mi genio. Si hago un servicio á esa señorita, es por consideración al señor que no parece sino que es el rey de los inquilinos. — Y volviéndose hacia Rodolfo continuó : — Ahora veréis mi habilidad... ¿ queréis esconderos detrás de la cortina?... Pronto, pronto que ya bajan.

Rodolfo se escondió apresuradamente.

El marqués de Harville bajaba en aquel momento dando el brazo á su mujer. Cuando llegaron á la portería, el semblante del marqués expresaba una dicha profunda mezclada de asombro y de confusión.

Clemencia estaba pálida y tranquila.

— ¡ Qué tal, mi querita señorita !... — gritó madama Pipelet saliéndoles al encuentro ; — ¿ habéis visto á esos desdichados ? ¿ no se os partió el corazón de dolor al ver su miseria ? ¡ Ah ! ¡ Dios premiará la buena obra que acabáis de hacer. Ya os he dicho la triste situación en que se hallaban la otra vez que venisteis á verlos. Dios os dé salud, querida señorita, para socorrer á los desgraciados... nadie merece más la caridad de las buenas almas que la familia de Morel... ¿ no es verdad, Alfredo ?

El portero, cuyos escrúpulos y natural rectitud le hacían mirar con cierto horror esta tramoya anticonyugal, respondió á su mujer con una especie de gruñido vago y discordante.

Madama Pipelet continuó :

— Perdonad, señorita ; mi pobre Alfredo está con su achaque asmático y por eso no puede hablar, pero no dudéis que allá en sus adentros pide á Dios como yo que no os olvidéis de esos infelices.

El marqués de Harville miró á su mujer con admiración, y exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ es un ángel... un ángel !... ¡ Una calumnia !

— ¿ Un ángel ? tenéis razón, caballero — dijo madama Pipelet : — es un ángel bajado del cielo.

— Vámonos, — dijo la marquesa de Harville que se sentía desfallecer por momentos : tal era su horrible situación desde que había entrado en la casa.

— Vamos — repuso el marqués.

Al salir del portal dijo á su mujer :

— ¡ Clemencia, debo pedirte perdón !...

— ¿ Y quién no lo necesita ? — dijo la marquesa suspirando.

Rodolfo salió de su escondrijo profundamente conmovido. Aquella escena fue el desenlace de un drama misterioso que había agitado diversas pasiones.

— ¿ Qué tal ? — dijo madama Pipelet — me parece que hemos salido bien del paso. ¡ Pobre marido ! ¡ pobre mandria !... me da lástima el desdichado. Ahora metería en un escaparate á su mujer como si fuera una santita... ¿ Pero cómo no han traído ya vuestros muebles, señor Rodolfo ?

— Voy á mandar que los traigan... Decid al comandante que ahora puede bajar.

— Es verdad... ¡ Otro chasco !... mejor le hubiera sido alquilar el cuarto para el rey de Prusia... Pero bien empleado le está, para que aprenda á no dar más que doce francos miserables. Esta es la cuarta vez que lo dejan de plantón.

Rodolfo salió.

— Alfredo — dijo madama Pipelet, — ahora le toca su vez al comandante : ¡ cómo me voy á reir á su costa !

Y subió al cuarto de Mr. Carlos Robert.

— Comandante — dijo madama Pomona llevando militarmente á la peluca el revés de la mano, — vengo á soltaros... se han marchado los dos agarraditos del brazo, los dos, marido y mujer, señor comandante. Pero de buena os habéis escapado ; ¡ gracias al señor Rodolfo, que á no ser por él !...

— ¿ Se llama Rodolfo ese caballero.

— Él mismo.

— ¿ Quién es ese hombre ?

— ¡ Ese hombre !... — gritó madama Pipelet muy irritada : — ese hombre vale diez veces más que otros que yo conozco. Es dependiente de una casa de comercio, es el rey de los inquilinos, porque á pesar de que no ha tomado más que un cuarto... no anduvo regateando por cuatro ni ocho más ó menos, y me

dió seis francos por asistirlo de buenas á primeras... seis francos, señor comandante, sin regatear una palabra.

— Está bien, está bien... Tomad la llave.



¡ Vamos en coche : ésta sí que es grandeza !

— ¿ Se hará fuego mañana, señor comandante ?

— ¡ No !

— ¿ Y pasado mañana ?

— ¡ No ! ¡ no !

— ¿ No os decía yo que no sacaríais para gastos ?...

Mr. Carlos Robert echó á la portera una mirada furiosa y tomó la escalera, sin comprender cómo Rodolfo, dependiente de una casa de comercio, podía estar enterado de su cita con la marquesa de Harville.

Cuando salió el comandante por el portal entró cojeando el hijo de Brazo Rojo

— ¡ Hola, buena pieza ! — dijo la portera.

— ¿ No vino la Lechuza á preguntar por mí ? — dijo el pilluelo á la portera sin responder.

— ¿ La Lechuza ? no por cierto, monstruo infernal. ¿ Para qué preguntaría por tí la Lechuza ?

— ¡ Toma ! para llevarme consigo al campo — dijo el Cojuelo yendo de un lado á otro en la entrada de la portería.

— ¿ Y tu amo ?

— Mi padre suplicó al señor Bradamanti que me dejase ir hoy al campo... á... al campo... al ca... ampo... — respondió el hijo de Brazo Rojo cantando, saltando y repicando en los vidrios del postigo de la portería.

— ¡ Estate quieto, nube negra... que me vas á romper los vidrios ! ¡ Ah, un coche !

— ¡ Viva la patria ! es la Lechuza ! — dijo el muchacho. — ¡ Vamos en coche : ésta sí que es grandeza !

En efecto, al través del cristal se veía sobre la roja cortina del lado opuesto el perfil descarnado y anguloso de la puerta.

Hizo una seña al Cojuelo, y éste acudió al momento.

El cochero abrió la portezuela y el Cojuelo subió al coche.

La puerta no estaba sola.

Al otro lado del asiento se veía al Maestro de Escuela embozado en una capa vieja de cuello forrado en pieles, y la cara medio tapada con un gorro de seda negro calado hasta las cejas.

Entre sus párpados encarnados se veían dos ojos blancos y sin pupila, que hacían aún más espantoso su rostro mutilado, abominable y luciente como un mármol á causa del intenso frío.

— Vamos, cachorro, échate sobre los *piñeles* de mi hombre para calentárselos — dijo la puerta al Cojuelo, el cual se acurrucó como un perro entre las piernas del Maestro de Escuela y de la Lechuza.

— Ahora — dijo el cochero — á la aldea de Bouqueval, ¿ no es verdad, Lechuza ? ¡ Ya verás que modo de volar !

— Sobre todo *clarear el cuatro* ¹ — dijo el Maestro de Escuela — porque est tarde hemos de *agazapar* sin falta la muchacha.

¹ Aviva el caballo.

— No tengas miedo, cegatón, correrá hasta la encrucijada del camino.

— ¿Quieres que te dé un consejo? dijo el Maestro de Escuela.

— Venga, contestó el cochero. — Que vayas listo cuando pases por delante de los guardas, pues como has andado mucho tiempo vagabundeando por las puertas, no sería extraño que te conocieran.

— Déjalo estar, que no me mamo el dedo, contestó el otro subiendo al pescante.

Toda esta conversación fué en caló, lo cual prueba que el improvisado cochero era un bandido, camarada del Maestro de Escuela. El coche salió de la calle del Templo, y á la caída de la tarde se detuvo enfrente de una cruz de madera que marcaba la encrucijada de un camino hondo y desierto, por el cual se iba á la quinta de Bouqueval, en donde estaba la Cantaora.

XIX

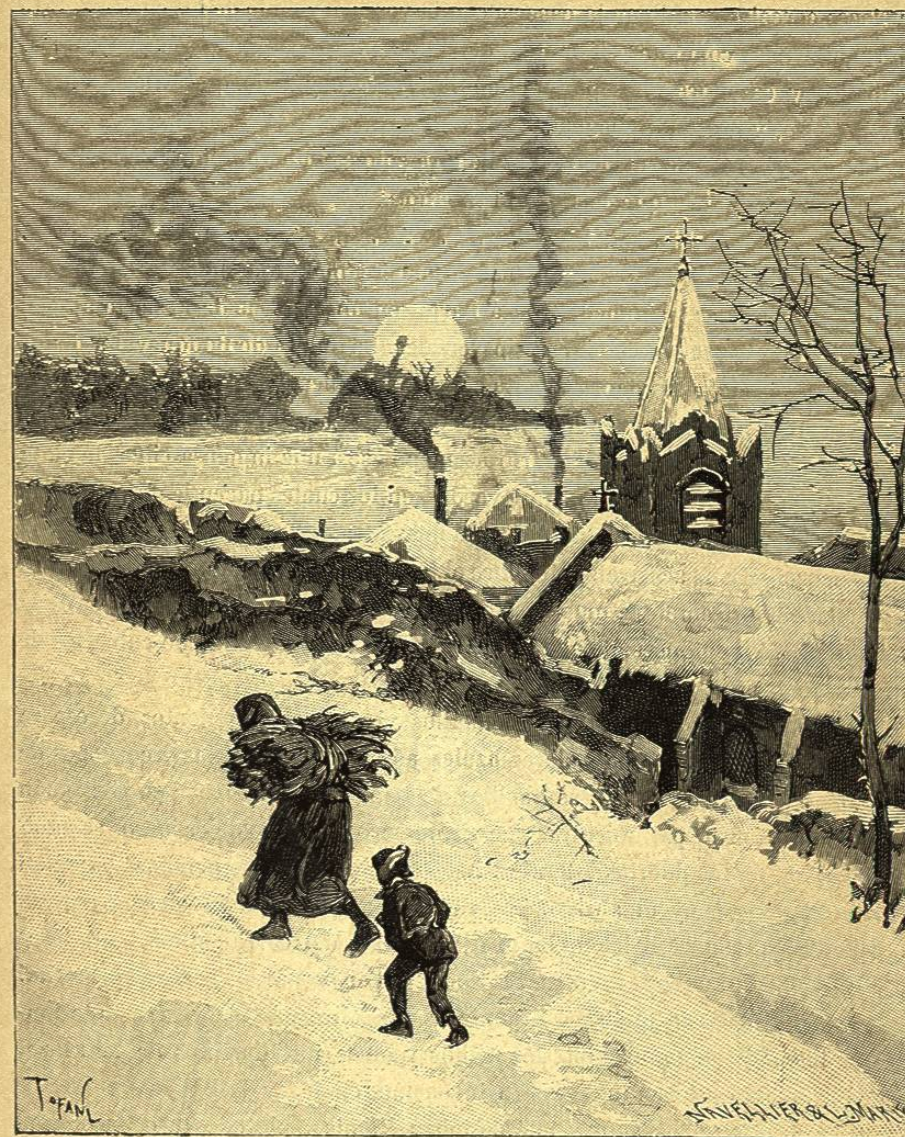
IDILIO

En aquel momento sonaban las cinco en el reloj de la iglesia de Bouqueval. El frío era grande, el cielo estaba claro, y el sol, bajando ya lentamente por detrás de las mustias arboledas que cubrían la alturas de Ecouen, enrojecía el horizonte y tendía sus rayos pálidos y oblicuos por la vasta llanura helada.

Todas las estaciones ofrecen en el campo recreo y variedad. Á veces una nevada convierte la llanura en un inmenso paisaje de alabastro, que brilla esplendorosamente bajo un cielo color de púrpura. Al anochecer de estos días, ya suba el labrador por la colina ó ya descienda hacia el valle para volver á su morada, conoce que se acerca una noche oscura y tenebrosa, siente en las manos y en el rostro la brisa glacial, y lleva cubiertos de blanca nieve el caballo, la capa y el sombrero; pero allá abajo, en medio de los árboles sin hojas, descubre la clara luz de las ventanillas de su casa, la chimenea despide espirales de humo que le anuncian la rústica cena, el fuego alegre y reparador y la conversación cariñosa de los que le esperan, mientras el norte silba por afuera helando la llanura y trae en veloces ondas el remoto ladrido de los perros que guardan el ganado.

Otras veces desde la madrugada la escarcha cuelga en los árboles sus prismas de cristal que el sol de invierno hace brillar con diamantino resplador, la tierra de labor húmeda y pingüe está atravesada por largos surcos en donde reposa la ligera liebre, ó corren y juguetean los alegres perdigones. Acá y acullá se oye el melancólico tañido de la campanilla del macho cabrío que guía un gran

rebaño de carneros esparcido por las verdes pendientes del terreno, mientras que el pastor envuelto en la capa gris y sentado al pie de un árbol, canta y teje un cesto de juncos.



El sol bajando ya lentamente por detrás de las mustias arboledas...

Animase quizás la escena, y el eco esparce á lo lejos los sonidos del cuerno y los ahullidos de la jauría: un gamo despavorido salta de repente en la espesura del bosque y sale al llano, y veloz como el viento va á perderse en el horizonte